

¿QUÉ SON LOS MOVIMIENTOS DE RENOVACIÓN PEDAGÓGICA?

Jaume Martínez Bonafé

Construir una respuesta a esta pregunta no es tarea fácil, pues como todo movimiento social, a los Movimientos de Renovación Pedagógica (MRPs) les acompaña como característica identitaria la complejidad, la multiplicidad y la diferencia. Sin embargo, asumir esa tarea definitoria es para mí un hermoso reto porque me siento histórica y emocionalmente vinculado a esos Movimientos, en los que he tenido la oportunidad de cultivar gran parte de mi saber y mi compromiso pedagógico.

Los Movimientos de Renovación Pedagógica son grupos de profesoras y profesores que se organizan para regalarse saberes docentes enriquecidos en la propia reflexión sobre su práctica. Entre estos grupos priman los maestros y maestras de Infantil y Primaria, pero también acude a ellos profesorado de Secundaria e incluso de Universidad. Aunque los modelos organizativos de estos grupos mantienen estructuras muy débiles y poco rígidas, se mantienen federados y confederados, desde representaciones locales o comarciales, reconociendo en esos modelos organizativos la realidad plurinacional del Estado. Alguno de estos movimientos, como *Rosa Sensat*, ha cumplido este año el medio siglo, y la mayoría fueron creados entre los años 60 y 70 por docentes hoy jubilados o a punto de jubilarse. Esto me hace pensar que hay un saber de renovación pedagógica que ya tiene los cabellos blancos. Quiero decir que es ya un saber maduro, un saber experimentado. Un saber que ha ido creciendo en el caminar de cada día, junto al conflicto, la lucha, a veces el miedo en contextos de clandestinidad, y que se ha ido conformando desde el contraste dialógico y la crítica, pero también desde el encuentro entre la alegría y la fiesta. Y ciertamente, aunque con menos frecuencia o intensidad de la que sería deseable, acuden ahora a los MRPs jóvenes generaciones de docentes que aseguran su continuidad.

Si la finalidad de los Movimientos es la formación, la autoformación, dirigida a mejorar las prácticas de aula y escuela, el sentido de su saber pedagógico tiene una importancia primordial. En efecto, desde mi punto de vista, los saberes que se cultivan e intercambian entre los MRPs tienen tres componentes fundamentales:

- a. Son saberes nacidos de la investigación, la reflexión colectiva, y la cooperación entre docentes que reconocen su insuficiente formación inicial y quieren mejorar sus prácticas desde el saber compartido en estos nuevos espacios de formación permanente.

- b. Son saberes que no ignoran ni desprecian una potente tradición y una estela que viene de antiguo, que hunde sus raíces en iniciativas de la II República, y que tiene en nombres como Celestín Freinet o Paulo Freire, o en corrientes como la Escuela Nueva, un fondo de experiencia acumulada que nutre muchas de las propuestas más actuales.
- c. Son saberes que integran la mejor y más innovadora estrategia didáctica en un claro compromiso social por poner la educación al servicio del ser humano, de la mejora y transformación de la sociedad, y de la justicia social. Es decir, es siempre una didáctica orientada por un claro compromiso político contra todo tipo de alienación y exclusión social.

El espacio de encuentro e intercambio más definitorio de los MRPs son las Escuela de Verano, convocatorias abiertas a menudo coincidiendo con el final de curso, en las que se muestran los trabajos en seminario realizados durante el invierno, y se invita a ponentes con reconocido prestigio en el campo de la innovación. Durante los años 70 y 80 del pasado siglo las Escuelas de Verano fueron el encuentro más prestigioso en la formación permanente del profesorado que se realizaba en el Estado. Gran parte de los proyectos políticos y pedagógicos para la nueva escuela de la democracia a las puertas -me refiero a los últimos años de la dictadura y el periodo de transición- se discutieron en el seno de las Escuelas de Verano. Los Movimientos celebran jornadas específicas por temas o niveles educativos, y encuentros anuales donde la Confederación de MRPs convoca a todos los movimientos confederados del Estado. Además, se realizan periódicamente congresos, donde se actualiza el discurso pedagógico, habiéndose celebrado el IV en noviembre de 2014.

Pero, ¿cómo es el saber de renovación pedagógica? Intentaré sintetizar algunas características que, en mi opinión, lo definen:

- La *primera*, la dulzura y la ternura en la relación con la infancia. Los niños y las niñas de los maestros de renovación pedagógica quieren ir a la escuela, quieren estar en el aula. Son felices trabajando en la clase. Obviamente, esta dulzura, esta ternura, no es una característica innata. Ser una buena persona en el aula requiere un aprendizaje profesional de un maestro o una maestra que sabe que su trabajo le exige ser una buena persona. Es un saber de formación que integra las tres vertientes ética, estética y científica.

- La *segunda* característica es el gusto por el trabajo bien hecho, que es lo mismo que decir que no se trabaja a destajo, por horas, que no se puede hacer renovación pedagógica como si fuera una subcontrata. Que es un trabajo que requiere tiempo, paciencia, tranquilidad y sobre todo mucha dosis de creatividad e imaginación. Por tanto no es un trabajo técnico, es una praxis que pone en relación un modo de querer pensar el mundo con un modo de querer actuar sobre él. Por eso se habla, en el campo de la renovación pedagógica, de la batalla por la dignidad, por el reconocimiento, y por la autonomía para hacer crecer múltiples y diferentes iniciativas y proyectos propios más allá del currículum oficial y sus mecánicas y empobrecidas concreciones en el libro de texto.
- La *tercera*: El placer del estudio y la investigación, (y el aprecio por el libro). Creo que hay un espacio simbólico, una arquitectura de la renovación pedagógica hecho con los múltiples objetos de la vida cotidiana del maestro renovador. Se nota al entrar en el aula: qué disposición del espacio, qué objetos, qué libros, ... y continúa también al entrar en la casa de una maestra de renovación pedagógica: quizá allí nos encontraremos con: Martí y Pol, Vicent Andrés Estellés, Gramsci, Marcuse, Bauman, Santiago Alba Rico, Lorca, Machado, Boaventura de Sousa Santos, Gioconda Belli, Paulo Freire, Giroux. Quizá también la música de Paco Ibáñez, Manu Chao, Ovidi Montllor o La Raíz (da igual, pueden ustedes imaginar, quitando o poniendo, los nombres propios que quieran, al final se darán la mano).
- La *cuarta*: El uso estratégico de la pregunta situada, que es decir, querer tener una relación dialógica –y educativa- con el territorio. No es de la experiencia rutinaria donde nace el saber. No es tampoco del mutismo individualista o la desimplicación social, porque la pregunta y la respuesta, y también, claro que sí, la duda permanente y la incertezza, están a la calle, en el territorio, en la vida social. Por eso la gente que nos encontramos en las Escuelas de Verano somos los que hemos podido preguntarnos –desde la menguada red de los recursos más locales y personales- “qué estás haciendo en tu escuela y por qué no vienes y nos lo cuentas”. Un primer paso, seguro, del saber situado.
- La *quinta*. La necesidad del otro. El cultivo de la amistad. La renovación pedagógica se hace mejor con los amigos que a solas. Somos andando, decía Freire, y en el caminar singular de cada cual el encuentro cómplice, la capacidad para ser sujeto colectivo, movimiento social.

- La *sexta*. El mundo lo tenemos que sostener y hacer rodar entre todos y todas. Por eso la rabia y la rebeldía contra los silenciamientos: de la lengua, de la cultura, de la clase social, del género, de la etnia, la opción sexual, la rabia por no dejarnos ser. La rabia contra el pensamiento único (*¡Ay! La REFORMA*, en mayúscula y en singular, para quienes nos hemos pasado la vida haciendo reformas en minúscula y en plural. “Teníamos un hermoso proyecto de coeducación en la escuela, y de pronto nos pusieron a hacer el pcc [proyecto curricular de centro]”, decía una maestra en un debate sobre innovaciones educativas).
- La *séptima*, finalmente, el gusto muy mediterráneo para estar en la calle, para mostrarse, intercambiar, construir espacio público... Y creo que la Escuela de Verano es esto: un espacio de encuentro, intercambio, colaboración, pero también de fiesta, de abrazos y besos.

Con todas estas características, claro, el saber tiene que ser necesariamente lujurioso. Quiero decir promiscuo, que hace mucho el amor, y quiere tener sana descendencia.

Jaume Martínez Bonafé es Profesor de la Universitat de València.